

LA MANO SEGADORA

SELECCIÓN ANTOLÓGICA [1983-2021]

LUIS PÉREZ ORAMAS



LA MANO SEGADORA

SELECCIÓN ANTOLÓGICA [1983-2021]

LA MANO SEGADORA

SELECCIÓN ANTOLÓGICA [1983-2021]

LUIS PÉREZ ORAMAS



**SALMOS (Y BOLEROS)
DE LA CASA**

[1983]

■ SALMOS DEL CERRO

*Otro amor, otras frondas y otra luz,
otro ascender al cielo por otros collados
busco, que ya es tiempo, y otras ramas.*

FRANCESCO PETRARCA

Quizás la luz será una nueva tiranía.

CONSTANTINO CAVAFIS

1.

•5

Era el tiempo del cerro.

Estaba
con su cuerpo por el río
huyendo
de un embuste de piedra.

Habitamos una casa
más arriba del barranco
sin aviso.
Un aguacero para el vientre.

Fuimos sorprendidos
por el mango y su líquido de noche.

Habíamos perdido las pupilas.

2.

Nos perseguía
una culebra con piel de camino.
Ignorábamos.

Hablamos de una sombra
buena para huir del cielo y de los hombres.

Un animal trajimos
sin haber llegado al origen
del agua.

Y los cuerpos explotaron
celados por una enredadera
como espalda.

3.

Encontramos.

Estuvimos viendo
un hueco en el aire
y la rama.

Fuimos una piel para las piedras
que resonaba
su vecindad de tierra
de luciérnaga.

Allí dejamos
en la hoja del gusano
la semilla
que nos despierta.

4.

Y ahora pienso
si todo no habrá pasado
para el cuerpo
con su ojo de arena
para la nube de adentro
con su cuello quemado
para el hijo
con el padre y el origen
si todo no habrá pasado
y nos podemos ir
al barranco
que se disfraza de sombras.

■ (BOLERO)

Escribo canciones
no siento en mí crecer ni decrecer los textos
los guardo en el olor de la grama que recién corto
y los termino, me los bebo como agua.

Hay aquí una casa habitada por cientos
que no saben ni escuchan de estos versos
que no escarban ni escalan las cortezas
ni tienen gato, ni fruta de jugo, ni pájaro
y solo esperan la bondadosa suerte de los panes.

Nos llaman que la comida está caliente
que se enfría que hay viento que los perros
jadean sin saber de nuestra risa
sin saber que inventamos otros nombres
que no hay mata que no sepa dulce como el día.

Ahora sé que mis amigos temen
la verdad de mis afectos, el escandaloso río de mis ruidos
el árbol estéril de mi cuerpo arrinconado
ya sin sombra que cobije las hamacas
en espera de la hora, del vaso lleno.

Escribo canciones y no sé cuál es la música
no sé de estas aceras nada de su inicio
no sé cómo conozco la sequedad de las despensas
no sé si otros han prendido nuestros árboles
no sé si afuera ya se está quemando el cielo.

■ HE VIVIDO TANTO EN MI CASA

cubierto, arropado por mi casa, protegido, escondido por ella
que casi soy un árbol más
una pared, una teja, otra terraza.
He vivido tanto aquí que mi cara tiene el nombre de mi casa.

(Sangro si me afeitó, engordo como el sauce
sudo quieto, me entristezco sin ausencias
el retrato del cerro y de los primos se me borra
aventuro en el jardín de todas las semanas
y el ladrido de los perros me hace insomne.)

Otro país, otra edad, otros días me encandilan
otro rincón para vivir sin movimientos bruscos
espero mientras leo mi futuro en otros cuerpos
otro sexo, otro placer, otra sed sin agua.

No seré feliz porque no existe el jabillo sin espinas
porque el níspero es nido de gusanos
y la mata roja de diciembre mancha nuestras ropas.
Pero debo salvarme encontrando el *dondolio* del mundo
el movimiento que equilibra
el pesado cuerpo que es mi alma.

Viviré en la tierra y mantendré la mata
la idea improbable, necesaria, verdadera de dios
aunque dude con mis manos, con mis ojos, con mi cuello
mi apuesta será por los días de la tierra.
Viviré en la tierra para siempre
aún después de la tierra.

■ (BOLERO)

*Comprende que en la vida impera
la alternancia.*

ARQUÍLOCO

Me preguntaré muchas veces por qué nos han dejado solos
las cenizas de otros hombres, los entierros.
Lanzaré una lluvia de las manos y recordaré
a Píndaro —mi amigo— que *la libertad cura del mal
a los mortales.*

•9

Antonia dice de los días viejos, del amor
huidizo animal que no tiene verano
y compartimos el agua, el aceite, todo
lo que ha caído y ungido nuestros rostros.

¿Has subido por los cerros, has mordido la grama
el agua de fruta de los grifos, el sudor de mis primos
en la noche?

Anacreonte, Simónides, Arquíloco que habitan
nuestras sábanas y duermen nuestras pieles
*y quieren y no quieren y deliran
y no deliran.*

Preguntarás también
para qué las espinas del jabillo y el ruido y los sabores
alimentaron estos cantos, por qué
ya el agua no nos cae ni el aceite, por qué
tantas canciones, para qué han servido.

a Antonia Palacios

■ HAN PASADO UNOS DÍAS BUENOS

para toda la muerte, para todo el tiempo
amanecí diciendo nada me importa aquello que sea nuestro
han pasado los días y me iré
me despediré de esta voz, de este candelero en la garganta.

Dedicaré mis cantos a la vida de adentro, la casa
la única ciudad que he conocido
a la escasa rinconada de mis amigos
al cercano golpe de playas de este cerro
plagado de otras vistas.

Han pasado los días llevándose la imagen
vestida con las fotografías viejas, los viejos balcones
que mojaron la lluvia en nuestras calles
y escondieron el ruido en las llegadas
y las visiones en grandes caserones.

Llevarán la vida en los bolsillos
y la tocarán con sus manos
la estrujarán también algunos días
la abandonarán en los traspacios
y se secarán sus aguas y la noche
nos despertará con el mismo rostro cansado
de los tiños, de las tejas rotas.

Ya olvido y ya espero la otra edad
que sea como la vieja leyenda que la canta
que sea en esta misma carne virgen desde siempre
embriagante pantano culto de los muertos
que haya visto el aire de los cuerpos y el agua
de las almas que haya
alcanzado alguna parte mezquina del ramaje
del espinero de esa mata
la alegría.

EL LARGO VIAJE

POEMA ESCÉNICO EN SEIS ACTOS PARA UNA ÓPERA

SOBRE LA *ODISEA*

[1985]

■ CORO DE MUJERES. ACTO I

12♦

Sal por esas puertas, si es que hay puertas.
No olvides que allá afuera padre espera
verte
para volver de nuevo al aliento vaporoso del camino.
Abandona, muchacho, tu pesada calma, tu vida buena.
Entiende que allá afuera por el aire
corren los sonidos del retorno. Sal
por estas puertas, si es que hay puertas
si es que hay sal en el camino que conduzca
tu camino, si es que hay paso
que te tenga, o huella que te siga
para el viaje
viaja, si es que hay agua
si es que hay humo por el mundo para deshacer tu vuelta.

[...]

Para que tu desnudez sea
cada una de las ropas que te cubren
déjame, muchacho, desvestirte
deja tus linos en la estancia
soplar al aire del desierto
cuando estás buscando las voces
que hablan de la muerte o del regreso
de tu padre, el que regresa.

ARIA DE LA SIRVIENTA. ACTO I

Deja entrar
la luz desde tu boca.
Ábrete entero
que te anuncie
en el cuerpo su presencia
como miga de pan en la voz
dispersa de las voces
que te esperan.

ARIA DE CALIPSO. ACTO II

Hoy ha madrugado una luz espesa
que dejara resbalar entre mis brazos
el tiempo bueno de tu ida, tu partida.
Hoy ha amanecido de pronto a mediodía
de solo verte esperando sin espera
sobre la paciencia de tus días gastados
a la luz aguda y fría de otro lunes.

♦ ♦ ♦

Hoy he madrugado a sol punzante
que alumbre tu camino y te haga ver
tu casa de alto techo y bajo cielo
en cada rostro extraño que aparezca.
Yo te traigo algunas ropas solamente
para la mansedumbre de tus viajes.
Yo te digo solamente que amanezcas
al sábado propicio de tu casa
que venga en ti el descanso
arropado de sus siestas
desprendido al fin del sueño
que te esconde el saber
que el mundo aún no acaba.

•13

ARIA DE TELÉMACO. ACTO III

Habrás de salir y de llegar al mismo punto
leo en cada piedra, en cada fruto maduro
en cada vigoroso cuerpo que ha partido y ha llegado.
Habrás de morder el mismo pan, la misma esquina del viento
y el mismo fuego que ha alumbrado alumbrará tu cuerpo.
No hay otro amor que el mismo que has amado
y no has tenido.
No hay otra sed que colme otro sudor que no sea el tuyo.
Habrás de salir y de llegar al mismo punto
leo en cada piedra, en cada fruto maduro
en cada vigoroso cuerpo que ha partido y ha llegado
y cada rincón que espera ser tu casa ya lo ha sido.

ARIA DE ODISEO. ACTO IV

Mi nombre es Odiseo, hijo pródigo
o mi nombre se ha perdido
y yo lo busco.
El nombre de mi padre derramado
en medio de tormentas
sopla las trampas del camino.
No hay cara hermosa que no sea la muerte
ni hay tiempo ni escapada
que no respire de su amor filoso.
Busco mi casa
perdida entre las cosas
y mis manos se abren cada día
para medir la ausencia que separa
mi cuerpo de su sombra.

[...]

Quiero tener las cosas en mis manos, que no escapen.
 Quiero tener sus cuerpos, brillantes y precisos.
 Quiero sentir el filo de sus días
 y el tiempo inscrito en su hendidura.
 Quiero tener las cosas resistiendo entre mis manos.
 Que sean de pan o de madera.
 Que sea la carne adolescente y tensa
 o el hierro
 o la luz de la ciudad desde su cima.
 Que sea la lluvia gimiendo en mi paraguas
 visitando exactamente la tristeza de mis hombros.
 Que sean refrescos o sus hielos derretidos.
 Que sea el agua, transparente y dulce como el mundo.
 Que sean cobijas o sus íntimos insectos.
 Que sean periódicos de ayer o su mancha en mis bolsillos.
 Quiero tener las cosas en mis manos, que no escapen.
 Quiero dibujar sobre mi ropa sus contornos, resistentes.
 Quiero escribir su terquedad sobre mi rostro
 para tenerla siempre disponible como el cuerpo.
 Quiero tener las cosas resistiendo entre mis manos.
 Después me detendré
 y haré el gesto de quien espera eternamente una llegada.
 Después, quizás, con voz silente y miedo
 voy a dejar rodando una pregunta en las aceras:
 ¿y si el amor también se resistiera
 y si el amor fuera terquedad
 si fuera cosa?

[...]

Vengo de encima
 del cielo roto vengo.
 Abajo tiembla en mis pies
 el piso de mis ojos sucios
 y el antiguo brillo de las tardes.
 Aún antes de llegar descenderé
 en cuero encinta de los vientos
 y hablaré a los muertos
 a los vivos del sueño
 a los de agónica vigilia.
 Cuál es el árbol, cuál
 la sombra buena.
 Cerraré las puertas y la muerte enferma
 suplicará en el frío
 en el hambre, en la impaciencia.
 Abriré las puertas, todas
 dan hacia mi casa
 y adentro una mujer que hila, un hijo
 una ropa hirviente
 abrigarán mis voces.

Dónde está el infierno, dónde
el descenso.
Cuál es la mata, cuál
la tierra amarga.
Cuál es el sitio, cuál
la luz henchida de animales
que habré de robar para demorar el viaje.

ARIA DE EUMEO. ACTO V

•15

Odiseo
de afiladas trampas
hiere mi vejez con tu mirada.
Deja que la luz repose en tus espaldas.
Llévala con brío
móntala hasta aquí, hasta mis manos.
Hace tiempo la perdí
cuando partías.
Reconoce a Ítaca
debajo de los cuerpos
que habitaron tu pasado:
animal o árbol, sombra
o sed, jadeos.
Imagina, cree, inventa
que el cuerpo de estas bestias conservara
la tibieza del inicio
de tus más antiguos gozos.
Sueña o piensa
que has llegado, que no llegas
que encima de esta muerte
o bajo el cuello traes la casa.
Deja que la luz repose en tus espaldas.
Llévala con brío, móntala
hasta aquí, hasta mis manos.

ARIA DE TELÉMACO. ACTO V

Yo te buscaba entre los otros
en el olor que dejaron impregnando nuestro tiempo
con su paso.
Yo te buscaba entre mi cuerpo
y en los cuerpos que encontraba.
No me quedaba para hablarte sino el sueño.
Yo aprendí a viajar, a dar las mismas vueltas
a seguir los mismos pasos,
a encontrar en cada sitio nuevo el mismo sitio.
Yo aprendí a seguir el tiempo hundido.
Ahora tú me pides que te lleve

♦ ♦ ♦

adonde no has llegado.
 Ahora tú me llamas casa.
 Ahora tú me llamas con el nombre de tus días,
 con el nombre de tu muerte
 o de tus idas.
 Saliendo aprendí que no se sale
 que todo encuentro es llegada o despedida
 que todo paso es espejismo
 salvo sentir lo que te tiembla, abajo
 lo que te estruja arriba, donde estamos.
 Que no hay otro punto que el que somos
 y ningún otro futuro que su acecho.
 Buscándote aprendí que te deseo
 en la distancia
 que donde no hay zozobra ya no hay nada.
 Buscándote aprendí que no te busco
 que inventándome una espera me inventaba.

ARIA DE PENÉLOPE. ACTO V

Cuántas veces han dicho que llegaba
 y no llegaba.
 He perdido los muros de mi casa
 me queda un vapor entre mis ropas.
 Haré del aire una palabra hinchada
 haré del día un eco sordo que me invente
 una memoria.
 Como no viene
 mi futuro, el animal arisco
 se detiene ante mi rostro
 que no desea
 ni cesa en el deseo.
 Espanta el peso que me dobla
 infatigable:
 cuántas veces has dicho que llegaba
 y no llegaba.
 Odiseo será una sombra más entre las sombras
 de esta casa
 herida de su hueco, muda
 en cuarentena de su espera.

ARIA DE PENÉLOPE. ACTO VI

De mi espera creció la savia de estos muertos
 de mi duda, la candela que quemara
 con viento propicio mi deseo.
 Ayer te fuiste porque la guerra ardía
 en tu piel y te encendía, te lamía

el camino para que lo hicieras tuyo.
Nadie tuvo noticia de holocausto
de naufragio, de seco amor, de tiempo
seco.
Imaginábamos la muerte y encendíamos
hogueras de animales
para cerrar sus puertas.
No solo tú buscabas casa
no solo yo no la tenía
porque tú no estabas.
También está el amor al descampado
sin techo, en desamparo
gimiendo por el tibio en la demora.

•17

ARIA DE ODISEO. ACTO VI

Te he visto y no te encuentro.
Te he visto para seguir buscándote.
De no tener sitio haré la casa.
Será como este canto, música fugaz
quejumbre.
Será frágil para que siga siendo
paso terco en pisar sin detenerse.
Habrás de esperar, la puerta abierta
inventando el tiempo
el hilo entre tus dedos.
Será tu piso un sueño
y habrás de hacer tu casa
para saciarte en ella
de no saciarte.
Habrás de ser, como este día, efímera
memoria de otro
puntada que despierta, mujer, en la memoria.

ARIA DE PENÉLOPE Y FINAL. ACTO VI

Derretiré la fiebre con el tiempo
de no dormir haré más bien mi techo
los muros de mi casa de esperarte.
No será frágil la arcilla que recuerde
será terco su cuerpo en la memoria.
Habrás de venir, sin hilo de agua, a desaciarte.
Serás tú piso, piedra como yo, de lo que falte.
Habrás de venir, ventana arisca, a clausurar tu insomnio.
Habrás de venir, Odiseo, a reposarte un día.

LA GANA BREVE

[1992]

■ YO NUNCA SUPE

cuál era el muro que escondía
el grito de los niños el recreo
yo nunca supe la hora exacta de la entrada
a clase
y llegué siempre anunciándome temprano
a una plaza en piedra bien vestido
dejando que cayera *aguacolonía*
sobre el día.

Yo nunca supe
cuál era el mundo que escondía
la casa el jardín el desayuno
cuál era el vegetal que no sudaba
impaciencias mutiladas desde el horno
cuál era el pan
con suavidad de almohada tibia
en queja el cuerpo
por el trote el ejercicio el purgatorio.

Yo nunca supe
cuál era el libro bueno cuál la letra
cuál era la mata tierna cuál el apamate
y jamás el susto jamás la pesadilla
tuvo otro cuerpo en mí que el ruido
de Tatá la dulce subiendo la escalera
buscando con silencio el sitio puntual
la silla de aquel muñeco desasido
terco mortal que presagiara
mi futuro.

Yo nunca supe a qué sabía la candela
yo nunca supe el filo hirviente del amor
hasta las frutas
cuál fue el sonido de la fiesta cuál la música
mezquina de aquel tiempo
de alegría cayendo quedamente al piso a golpes de piñata.

■ SI ESTUVIERA EN MÍ VOLVER A HACER EL PARAÍSO

yo le pondría un tanque vacío como este
para que corra el agua sucia allá en el fondo
algunas palmas, uno que otro chaguaramo
un jabillo pequeño, la grama corta, casi seca
y aparatos de colores para el cuerpo de los jóvenes.
Habría también columpios y un dragón atrás
un ciempiés de hierro casi mudo, un mango
plantado antes del parque, del prado antes del ruido
cuando se decía *pasito* su domingo de gracia allá en el campo.
Si estuviera en mí volver a hacer el Paraíso
yo le pondría un cuartucho de ocasión y tres faroles
un árbol seco que cuando ofrece sus frutos los da muertos
y dos avenidas frescas, silenciosas, tibias como enero
para regar de noche en noche los últimos días de un viejo
que bajó del frío en mula, sin foete ni pan para los hombres.
El Paraíso tendrá una reja gris que vence el sueño
alguna gente le pondrá sus pisos nuevos
al compás de la música del sábado, heladeros
algún grito adolescente, un lejano motor anuncia
sin piedad, sin fruto prohibido todavía, tardes eternas.

a Caque, Nelson, Armando, Leonardo

■ CUANDO ESTÉ LEJOS AÑORARÉ LAS COSAS.

Podré nombrarlas, hacerles inventario
y así henchir el vientre de los días
con promesas vagas, con apenas visiones.
Cuando esté lejos añoraré las cosas.
El agua del Castaño, por ejemplo
paraíso cada viernes protector de la familia
señor de las cocinas
del fuego prohibido o la infusión para mañana.

•21

Haré el inventario:

Dispondré de cariaquito sembrado antes que uno
despertando de memoria los olfatos
en cada cual, en cada grifo, en toda mano.

Añoraré las cosas:

Borra de café serán los días
pieles exprimidas de naranja
despojo de lentos desayunos
pecado original en las migajas.

Haré el inventario aunque me expulsen
y diré en aquel recinto ya sin ángel
en aquellas losas ya con Tata o Tomasita
en aquel calor del horno abierto, aventado de comidas
esperando estuve yo con la alegría.



Voy a escribir como Catulo, breve
de la intensa desaparición de algunas cosas.
Si la muerte no viniera, disfrazada
de cuerpos con rabia, de cuerpos sin nombre
afilados.

Voy a escribir como Catulo
de tantos amantes invisibles, de tanta
compulsiva gana.

Si ella supiera
que no la espero
que la nombro y no la adoro
que no es su ruido lo que oigo
cuando ando.

Hablo de la muerte con mi más redonda letra
con mis puntos más exactos.

Voy a escribir como Catulo
de lo que me tiene aquí en el mundo
de tanta gana breve
desasida entre las cosas.

a Richard Lizardo, i.m.

Oscuro es el día
y la voz inútil.
De nada servirán los animales sonoros
de la tierra
para escampar la fiebre
de tanto cuerpo desnudo:
la sombra de las cosas
su interminable jauría
en las espaldas.
Me gusta frecuentar
la ligera fuerza de las voces jóvenes:
nombres cortos, puntuales, deseables
y el olor de ahumados panes.
Oscuro es el día de mi espera
y mi paciencia inútil.
Voy a quedarme solo, resoplando
como un caballo muerto.
Una risa franca quizás, de vez en cuando
la mano abierta
tratando de articular con el humo de mi aliento
ciertas preguntas.

Aquí está Arcadia
como un borrón de niebla
en Roma desde arriba.

Arcadia es una mancha
gris entre las manchas
una línea entre las líneas
que nos pierden.

Aquí está Arcadia
desfallecido amor, su voz ligera
impaciente aquella noche
cuando Pompeya ardía.
Aquí está Arcadia dándome de nuevo la palabra
para las tardes.

Aquí está Arcadia, roja
con su gana tierna de canciones
perdida en la escritura
de todos los que fueron sus pasantes
inquilinos de sus vísperas festivas
alumbrados durmientes de su arena.

Hasta aquí me llegan los ruidos de los trenes
la lejana vecindad de mis afectos.
Estoy jamás en casa y suena
el teléfono y nos llaman
al almuerzo.
Hasta aquí me llegan los ruidos del domingo
los cantos, la iglesia llena
de gente ociosa
(padre, madre y alimentos).
Estoy en un terreno vago que conozco
y que ignoro siempre con escándalo.
Son, sin embargo, los mismos animales
que ladran por el mundo
los mismos motores lejanos que despiertan
el guayabo
las mismas llamadas, llamaradas del viento
(la enfermedad, la compañía)
las mismas voces abiertas en techadas piscinas
como el alma.
La máxima felicidad está siempre afuera.
Adentro están las cosas, los libros viejos y rayados.
Adentro están las voces fieles, usadas, próximas
llamándonos.
Adentro están los cuerpos indolentes
dejando pasar el tiempo con sus ruidos.

Todo lo que aprendo se me olvida.
Los poemas que he leído se han perdido.
Habrá quedado un verso me pregunto.
La escritura de Dios, quizás, sobre la piel del tigre
esa metálica mentira.

26•

Mi lectura del planeta, del agua y de las tardes
se me apaga.
Dura lo que dura
el placer de la palabra
el efímero hervidero de la luz
sobre mi espalda.

Nada he hecho que sea completo, definitivo.
Ningún libro, en verdad, me pertenece.
La voz del espejo y las Meninas
si sus sombras me visitan.
La vida hueca
para que el aire pase.

B/M

POEMA COMPUESTO
A PARTIR DE LA CORRESPONDENCIA
ENTRE HENRI MATISSE Y PIERRE BONNARD,
EN TIEMPOS DE PENURIA Y GUERRA
[1991]

■ B.

LUNES (1927)

La última avenida
del país

en las alturas

y la casa

es rosa.

28♦

B.

26 DE ENERO, 1934

Este invierno

al borde del océano
nos ha prometido

naturalezas muertas después

del gran tinglado.

B.

1° DE FEBRERO, 1935

Apreciaremos la brisa tibia que no debe estar más lejos.

B.

FIN DE DICIEMBRE, 1939

Apenas entreabro

mi manto
lamento
la luz

estamos

hoy bloqueados por la nieve.

B.

FIN DE FEBRERO, 1940

Henos aquí

serenos

yo espero
con los días que engrandecen

ver
temprano.

•29

M.

1° DE JULIO, 1940

Vengo de San Juan de la Luz

vengo
todo en calma

las vituallas las legumbres
a precios ordinarios

si se quiere

comparar las pequeñas cosas
con las grandes.

B.

4 DE JULIO, 1940

He aquí las privaciones que se anuncian:

la vida
hasta ahora
incambiada.

B.

DOMINGO 8 DE SEPTIEMBRE, 1940

Desde hace un tiempo
soy

prisionero de mi cerro

que no lleguen

♦ ♦ ♦

deseo

las catástrofes.

B.
OCTUBRE, 1940

No he recibido
tela

ni lo que el futuro
me reserva.

M.
LE RÉGINA, NIZA
17 DE OCTUBRE, 1940

En la radiodifusora

nacional
escucharán
donde yo hablo

yo

y mis pájaros

cantan.

B.
6 DE NOVIEMBRE, 1940

Trabajo

y sueño

de una búsqueda absoluta.

M.
7 DE NOVIEMBRE, 1940

No logro
terminar
comienzo
incesantemente.

M.

3 DE ENERO, 1941

He llegado
involuntariamente
a mi término.

B.

14 DE ENERO, 1941

•31

No se trata de pintar

sino comer
dicen:

doce días
sin carne y sin quesos

desconsolado de saber
que el mal
nos ha tocado.

B.

FIN DE FEBRERO, 1941

De la curación
me anunciaba usted
el final próximo

y de los grandes dolores

esta vida un poco ruda
excede

nuestras fuerzas.

M.

LYON, CLINIQUE DU PARC
1° DE MARZO, 1941

Salgo
como por milagro
de esto
dicen
aquí

no creía poder

♦ ♦ ♦

la serenidad
en este instante.

B.
4 DE MARZO, 1941

Neblina
como en el norte
y mistrales luego

felizmente están guarnecidas nuestras puertas.

M.
LYON, CLINIQUE DU PARC
1° DE ABRIL, 1941

También están los animales:

elegantes lamas

majestuosos

y una bella leona toda nueva
ella
que admiro

también están los animales
instalados gentilmente en mis pulmones

respiro
y escribo.

B.
ABRIL, 1941

Uno se interesa más
en los objetos
que en la construcción del universo

se distrae uno
más

así
intentamos concluir
nuestras vigiliass.

M.

LYON, GRAND HOTEL

2 DE MAYO, 1941

He visto
desde mi cuarto
salir
las hojas de arce
que flamean
el Ródano.

•33

B.

1° DE JUNIO, 1941

Quizás el verano
nos dé hogar
de grandes necesidades

siempre la gente
de paso

ni vivir se puede
como el pájaro en la rama.

M.

SIN FECHA

Pero
mi querido
Bonnard,

hablando seriamente

el frío
¿no nos ha tocado?

B.

17 DE NOVIEMBRE, 1941

Me hubiera gustado
hablarle libremente
de sus ojos

hace tiempo que no he visto

y me hace falta.

♦ ♦ ♦

B.

COMIENZOS DE FEBRERO, 1942

Ha muerto Marta

mi pobre
infanciaasí andaba el aire
conduciendo todas sus riquezas

hacia una blanca ceremonia.

M.

NIZA, 4 DE FEBRERO, 1942

Abreviar

—dulces palabras—

el dolor
con el esfuerzootras son las labores
que no cesanotras
impaciencias nos esperan.**M.**

NIZA, 19 DE MARZO, 1942

Cómo me tarda
ir a pasar algunos días
fuera de mis muroscercado
por estacionarias aguas

la enfermedad, la lluvia, el sueño.

B.

JULIO, 1942

Creo
en el agua
empezada en el sitio
la idea del reposo

huir a esta edad
de la miseria

de lo que nos es contrario
con el tiempo.

•35

M.

MARTES 7 DE MAYO, 1946

Se anublan mis ojos:

rojo magnífico es la noche

y el día

Giotto

mis deseos
imposibles

apenas

interesantes
estaciones de camino

porque una sola vida es muda

y sobra.

DOBLE SIESTA

[1994]

■ SE MUEVEN LOS LOROS DESPACIOSOS

y lentas sus pezuñas en tu sueño
en la siesta
hábito de siempre y del olvido
campo seco de pan y de ceniza

jubilatorias las corrientes del río las armadas los pastores
Juanito si te duermes si durmieras

un jueves como es hoy de lejos
airosos delfines con perfume de niño
Juanito en tu garrocha alto y gentil
si te durmieras

•37

los loros en los árboles que sueñas espectrales
y no ves
ya no dan sombra
tan solo hojas secas para el lecho
y los frutos del desierto
olivares
una casa vacía
trinitarias en flor trinitarias

luego tus monstruos Manoa el paraíso
el amor también
su acre olor detrás del sueño tras la muerte
tu olor de pájaro sin rostro de la infancia en los jardines
en la noche lateral de los pantanos
muriendo del amor desasido de la mano
de tu amante

fiestas florestas siestas perdidas
en tu cuerpo en el foso de tu cuerpo
espejo blanco
Juanito Apiñani nacido en Caracas un 7 de agosto de 1960
a la sombra del sauce
cuántas mañanas
cuántos mares, cuántos jardines del oriente y del occidente
cuánto Virgilio

■ À L'AUTRE VERSANT DE SON RÊVE IL S'ÉTAIT DIT
 que sans carte jamais il n'atteindrait
 jamais cette sieste la fin
 que sans carte le mouvement du hamac l'égèrerait
 dans le sable
 dans la paresse
 dans l'amour aussi
 sans l'amour pourquoi sans le marc de café sans les chansons

ils le voient dormir princier et oublieux
 à Canaima à Paris à Nantes
 à la Pointe Manzanillo où ils chassent les baleines avec les mains
 rugueuses

ils le voient dormir dans ces Prados où il revient à l'ombre
 désireux qu'il est de revenir il grimpe
 Juanito grimpe gourmand sur ta perche
 que de miroirs, que de peaux de taureaux
 que de soirs dérobés
 que de pierres dressées, que de chemins

souvent il fait la sieste
 puis il ne se réveille plus, il dort
 il se repère
 il se repère
 une vieille chanson en tête les choses défilent
 sans musique sans rythme aussi
 à peine les choses dans le silence des choses

une ville un corps un troupeau une armée sans berger fuyant
 la défaite la maladie
 cette odeur âcre de l'amour derrière la sieste
 il se repère
 il se repère
 pour son voyage sans fin sans lieu sans mémoire
 l'odeur du vieux bateau brisant les vagues de l'Orénoque
 d'où sortent les monstres qu'on disait du paradis

Manoa
 la foule d'oiseaux sans visage de son enfance

puis
 il fait la sieste
 et les choses défilent, la révolution défile aussi
 les feuilles roulées asséchées en miettes dans la main
 les plis la carte le relief cette autre vallée la nuit latérale des marais

avoir écrit sa mort mourant tenant la main de celui
 qu'il aimait

il se repère le pauvre il se repère perdu

*qu'il est dans la forêt dans le ciel dans son sommeil
il pense à elle que l'autre aimait
il pense à elle sans repères
puis il fait la sieste*

*Juanito Apiñani né le 7 août 1960 sur sa perche à Caracas
à l'ombre des saules, cuántas mañanas
cuántos mares, cuántos jardines del oriente y del occidente
cuánto Virgilio*

BALADA DE JOEY STEFANO
[1997]

*La poésie est un vice et elle l'est assez pour qu'elle
ne puisse trouver le jour que bassement, petit à
petit...*

•41

*La poesía es un vicio y lo es tanto que solo puede
encontrar su día bajamente, poco a poco...*

JEAN GENET A MARC BARBEZAT, EDITOR, 1943

■ TOCASTE

la puerta de la alcoba
con paso de ojos pardos
con ruido de ojos claros.

Sigiloso y penetrante
el cuerpo liso de la muerte
abrió sus cauces.

Sus baladas, sus líquidos espesos
y blancuzcos.
Su cuna de hoy, su crisol
su despedida.

Tocaste, Nick, Joey
el *siempreotro*
tu pan duro, tu miga oscura.

Que es sombra y es espalda
que es espejo el otro en el deseo
que es hambre y sueño, espasmo
y cuando vive muere y muere cuando vive.

Tocaste
derrumbado en una tarde sin ángeles
el cuerpo tantas veces
el cuerpo el desvestido el desasido
en un hotel de paso
el detenido
el que no cesa el paso
en los pastos incendiados
de mármoles erectos
de aguas negras
transparentes en tu boca
en tu deseo.

Tocaste
tu voz cuando cambiaba
tu mudanza de silencios
tu muda infancia
solo frutas secas, solo cáscaras
de pan
almohadas solo
solo por lujo una franela
y una cascada blanca en tu garganta
para ocultar gemidos.

Para ocultar

la muerte
vas a subir
hasta el borde de la luz
hasta el agrio resplandor
de sus gargajos.

Y quedarás
suspendido alzado herrado
como pájaro de altura
quemado
con plomo en las entrañas
con plomo blanco
espeso y tibio.

*«Plombe-moi
vas-y, tu peux
me plomber».*

Otro es el jazmín
otro el perfume
de la oscura magnolia de tu vientre.

Otra era la mano
que tocaba
otra la floresta
de los hombres que admirabas.

No sé
si soy mi cuerpo
u otro
no sé si tengo
la música contada de mis días
y al alba vuelvo
con el amor vacío.

Este afán de mirar es más que mío.

No sé si tengo
en mis libros olvidados
animales, insólitos insectos
cuyo polvo menudo
respiro en las mañanas
desvarío.

Este afán de mirar es más que mío.

Los pastores de Virgilio
son Virgilio
los pastores de Poussin
Poussin el sátiro
su miembro erecto
es Claudio y sus pastores
de amor desatendido
lo que ondea
en las velas de los barcos
de mi ausencia
hinchidas.

Este afán de mirar es más que mío.

Cuántas noches
has dormido
cuántos sueños
en el sueño
tu cuerpo
zaíno o albo
ha reposado
en otro cuerpo
en otras piedras
como tus alegres armaduras
que no duelen
ni son pasto
de hormigas, diurnos animales
inasibles.

Yo veo entre mangas
azuladas
cerca al árbol
testicular de ronco género
el apuro de tu mano
cadenciosa
que tiembla con el día
como si fuera
el último calor
sobre esta tierra.

Cercano al puerto
siempre despedido
sin rumbo
al menos tocaré
tu vientre ardido
y dejaré el agua
que brota de mi boca
en las mañanas.

Y si mi imagen
quedara así
de pronto
enterrada en el espejo
y si quedara yo
penetrado en el espejo
por la imagen
muerto
como piedra
sin reflejo
es que
las dos estrellas
de tu pecho
me asesinan.

•45

La eternidad ya oscura
la piel marrón
de los muchachos blancos
en el lugar más íntimo
más ciego.
La raíz, la raíz, la raíz
de donde todo viene.

La sombra de los vellos
que se esconde
donde nada queda
del azul cristalino
de los ojos.

Aquel que como tú no era:
la primera tarde
la que ya no olvidas
la que olvidas

la eternidad ya oscura
del deseo.

La muerte.

Otra era la muerte
otra vez la muerte.

La muerte.

GACELAS Y OTROS POEMAS

[1999]

■ LLEVAS LA MELANCOLÍA EN TODAS LAS AGUAS

•47

humo blanco en casa
y la muerte cavando lentamente
la dulzura de su día.
Tu cuerpo una trinchera
para la guerra que se anuncia
y los pájaros esperan
con la primera hora
las canciones.

■ HANS LEU: *ORPHEUS UND DIE TIERE*, 1519

Orfeo en su abandono canta
con una lira ciega
en un bosque de palmas
de pájaros desierto.
Orfeo en su abandono canta
el blanco silencio, impenetrable, de una ardilla.
Eurídice perdida entre las manchas
del tiempo y la desidia
con un arpa caída junto a bestias
que nos miran calla.
Canta Orfeo
en la tierra
desde su ardor la altura.

Huera es la voz
en la montaña
con la espalda de luz
entre sus sombras.
Huera es la voz
tras el incendio
el viento, las tormentas.
Escasas son las manos
que te cubren
y huera la ceniza
tras la noche
que arropa la piel de tus rebaños.
La esperanza
de quien sube al filo del desierto
es huera
y la montaña un hueco sin fondo de muerte
limo de tarde para el sueño
de voz en Arcadia sin medida.
Huera es la luz
que de las ramas cuelga
como espiga
de silencio en la hondonada.

■ NICOLAS POUSSIN: *LE TEMPS CALME*, 1651

No era de Poussin la fiesta
pero ardían pastos sobre el agua.
Yo me acuerdo
por un sendero fresco de aquel brillo.
Tiempo calmo yo me acuerdo
de aquella casa en los colmos
del olvido
cuando cantaban en el piso
amplia nuestra vida con su risa.

Van a apagarse de golpe sobre mí las luces.
Tiempo calmo yo me acuerdo
de aquella voz brillante de mujeres que decían
no está aquí el amor
no hay ángel descendido
jamás el niño alado entre nosotros vuela.

a Louis Marin, i.m.

*¿quién recoge tu semilla
de llamarada en la nieve?*

LORCA

«GACELA DEL MERCADO MATUTINO»

He venido hasta esta noche roja
sin agua
y sin espejo.
He venido hasta esta jaula de luz
donde los ancianos vienen
a oscurecer el deseo
con ansias de nieve y de simiente.
He venido hasta esta noche
roja de gacelas
con delfines en el torso
a buscar la luz
del sur
la luz del este y el olvido.

■ GACELA DE TOULOUSE

[Julien, Place du Peyrou]

Como si otra vida me acosara
como si el primer día fuera
de nuevo en un tiempo no vivido
más allá del nombre mío y sin memoria
otra voz en ti con luz inesperada.
Julián la desmesura
y la alegría que ya no asienta entre nosotros
Julián en el sur las bulerías
el sol con mandarinas
en tu cuerpo
el bello nocturno de tus brazos que no fueron.

■ GACELA DEL SENDERO VESPERTINO

[Guillaume]

50•

No me enseñes
tu cintura fresca
ni me des agua para la sed
ni suelta tu mano
mi ladera fría
no me enseñes
los senderos sin jazmín de tanto paso
ni sobre la piedra el muslo
ni Babel desde la isla
ni el humo blanco de tus brazos.
Déjame tocarte hasta la noche
déjame una luz para el ayuno
déjame tu cuerpo sobre el cuerpo
espiga efímera.
Ni vine a verte ni me enseñes
el níspero de tu voz que no ha venido.
Otra brisa nos trajo, otra ciudad
otros días, otro tiempo nos velen.

■ GACELA DE LA NOCHE LARGA

[Artavadz Pelechian]

Llevan el cordero sobre el lomo
y la oveja
llevan en las piernas.
Caen mansos como el agua
y en la tierra dejan surcos
de aquel ardor, Estación
baldía.

Ladra
la impaciencia contra la noche larga
y Otros desde los altos miran
con sus ramas
nuestro empeño.

Ladra
pequeño Animal insomne.

a Juan Sánchez Peláez i.m.

¿Cómo era
antes del eco de estas piedras que hacen valle
el mundo?
¿Cómo era antes del amor el amor
el furor de los sexos olvidando
la sumisión y la entrega?
¿Cómo era el paso memorioso de las aves
antes del vértigo
el agua ínfima y espesa
que no refleja a nadie
salvo al encuentro sin voz, al alumbramiento sin promesa?
¿El silencio de los cuerpos cómo era
antes de hacerse a la muerte
que vuela en la luz del deseo?
¿Cómo era antes del eco el mundo
cuando los amantes enmudecen
y su lamento es brisa, es sombra, es rama oscura?

PRISIONERO DEL AIRE
[2008]

■ GACELA DE HUGO

Nunca has visto las montañas
que no son blancas, blancas.
Nunca has visto sólidas las nubes
como inmensas piedras erguidas
en tu sombra.
Prepara
para todos tus desvelos
las armas
del silencio.
Que repita el cuerpo
sus olvidos
que de nuevo traiga en sus senderos
la unción matinal del eucalipto
los arándanos, los jazmines de agua
el vino acariciando la piel dulce
de los higos y la espera.

•53

■ ORAIBI

*La ninfa extática (maníaca) de un lado;
el dios fluvial melancólico (depresivo) del otro.*

ABY WARBURG

¿Para qué leímos
Kant, su frase obtusa?
¿Para qué, cuando leíamos
leímos laberintos de fuego que consumen
en lugar de los jardines
en lugar de las ventanas
sobre Trinitá dei Monti
donde fuiste feliz furtivamente
mientras alguien hablaba
con susurros y sombra de las ninfas?
¿Para qué escuchaste tu voz
en los tapices de oriente
y occidente?
¿Para qué leímos
el perfil de la alegría
al borde de los panes
que quemaban nuestros dedos
como la ilusión quema sus días?

El mundo se mueve por murmullos
no por fuerzas ni energías
no por cósmicas tragedias
ni por la voz de dios ni por celadas.
El mundo se congela en los susurros
de la gente que amanece
con el cuerpo tendido por el sueño
y tensa la potencia fascinante
de escupir la vida.
Todas las mañanas
buscamos fútiles la escena
en la que no estuvimos nunca
donde hemos venido
escondidos en jadeos incesantes
en sudores de cuerpos que ignoramos.
La brisa es filial
en la alta noche de la espera.
Es paterno el verbo matinal
de las vigiliass.
Es materna la música que mueve
las aguas del mundo, las aguas del amor
las aguas.

*Vagi palantes, nullo itineris destinato fine,
non ad locum sed ad vesperum contenditur*

*Errantes, dispersos, no hay destino
para el viaje; andan, no para llegar
a un sitio, sino a la tarde*

MARCO CORNELIO FRONTO

Yo quisiera caminar de nuevo
los senderos de mi vida umbría
volver a andar hacia la arena de los altos muros
de un olor a otro de los cuerpos
de un calor oscuro en donde naces
a otro frío que no existe entre las lenguas.
Es la muerte, esa vigilia seca
que no descansa de horadar nuestra alegría
quien me lleva lentamente hacia la vida.
Es la muerte, aquella ausente
que tenía mi mano en el tibio de las manos
cuando conducían mis pasos en la sombra
hacia la ardua luz de un ojo helado.
Yo quisiera andar de nuevo el tiempo
que escandiera sin saberlo aquella música
de alimento, espasmos, sueño
y quisiera volver a cada una de las mesas
que acogieron con candor el hambre
mía de vivir apresuradamente el gozo
con el miedo de las vísperas más tristes.
Yo quisiera seguir los mismos pasos
recibir un año más henchido
de néctares aéreos, áureos
y ver en una noche el fuego
que brilla en las alturas del puente de Bassano
donde la mansedumbre arde con sus uvas blancas.
Yo quisiera vivir la vida nuevamente
como un rito fugaz, violento
y quisiera caminar de nuevo con capricho sus senderos
para no tenerlos más en lejanía, en aura, en ramas.
Yo quisiera andar de nuevo
el paso lívido de mi vida sorda
no para llegar a un sitio, sino a la tarde.

¿Cómo es la altura que te cela
cuando velas
la lentitud del mundo que te ajena?

¿Cómo son las cosas en tu insomnio
que aún no has visitado?

¿Cómo los días de tu vida
que otros transitaron por ti
para dejar allí el ovillo
intraducible de tus pasos?

Prisionero del cuerpo
de tus sueños,
enjaulado de las aves
del deseo
has subido hasta una sima
que todo entre las manos desorienta
y ves la luz en sus susurros
como una casa inhabitada
donde se esconde el sol cuando amanece.

Prisionero de la voz
que escuchas cuando duermes
como el eco de tu lengua
en otra lengua
solo puedes buscar
lo que encontraste:
un golpe de sombra
leve y transparente en la sentencia.

¿Cómo es el animal acorralado
por cazadores de bruma
y lanzas de agua,
por arpones de lluvia
y arcos de pantanos
y flechas de hojas secas
y espadas como ramas olvidadas?
¿Cómo son las guerras
que no te encontraron nunca en sus trincheras?

¿Cómo los frutos caídos
que derramaban sus promesas
detrás de ti, sin que los vieras?

Tenías que saber
leer entre los surcos
y en el bramido lento de los bueyes
ver el aire
tibio donde habías venido

hasta una tierra común
que te ignoraba.

Tenías que tener
en tu mano el aire
para vencer
la gravedad de los abismos
que te escuchan.

Prisionero del aire
ahora estás en su silbido
que te aturde
y en la urdimbre callada de los tiempos
nada te sostiene:
solo la voz que te llama a caminar
sobre la espuma
solo el canto viajero que te anuncia
una pesca de nubes, milagrosa.

•57

■ TENS

Vas a ir detrás del perro.
Vas a andar
y a desandar tus descaminos.

Háblate con voz serena
granulosa lengua en la que yacen
tus cosas
adormeciendo el mundo.

Vas a andar
tu soledad al sol acompañada.
Ningún canto presente
arrullará tus ilusiones.

Todo memoria, peso
todo en pasadas pesadumbres:
un cachorro
luz furtiva
de aquel día.

Pregúntate
con la dulce armadura
del silencio
para qué tantas cosas
para qué has andado
detrás de las jaurías.

■ POEMA DE LA ILUSIÓN

¿De qué está hecha
la ilusión?
De mármoles sanguíneos, de cuerpos
en distancia.
¿De qué están hechos
los granos de arena de tu espalda
que te miran
y después cuando han vencido
el abismo pobre y deseoso de tu vida
se pierden en el mar como el cielo
cuando llueve
miel sobre la sal de la ceniza
que separa el ansia
de toda palabra prometida?
Has entregado con jadeo los denarios
y ni siquiera la piedra dura en la garganta
indiferente de su música
sacia la sima de amor que te consume.
¿De qué está hecha
la ilusión?
De miedo, de olvido, de fútiles
alimentos que se incendian
en tu cuerpo.

LA DULCE ASTILLA
[2015]

■ LA DULCE ASTILLA

Escribo para estar
 junto al tibio pulso de lo que hemos sido.
 Escribo
 para impregnarme de canciones solares
 y pasadas
 para sentir el olor de *capín* a mediodía
 cuando aún no labraba
 su dulce astilla de madera
 la muerte en nuestro cuerpo.
 Escribo
 para sentir la mano
 tierna de mi padre en la mejilla
 la paciencia de su voz
 en los condumios
 para recibir
 el salino aire abierto
 de Naiguatá de vuelta
 a casa
 de vuelta al prado
 que no era agreste en la palabra.
 Escribo para volver
 de nuevo a la matinal
 eucaristía que anunciaba
 largas tardes de tedio, ignotas
 tierras en la noche de la radio
 materna e infinita la impaciencia
 de ver tiniebla en luz
 lugar áspero en llanuras.

■ A. ARS POETICA

Si pudiera la palabra
 en su avatar gracioso
 levantisca hacer el nicho
 de tu cuerpo.
 Si pudiera oler como en la noche
 olían tus manos
 saber ligero
 como el líquido furioso de tu orgasmo
 convenido y cierto.
 Si pudiera la palabra enfebrecida
 ser un cuerpo
 y como un cuerpo, tibia
 clavada el asta de tu efigie
 contra el tiempo que todo desdibuja
 contenerte, evitarte
 el sueño, la dormición, el desencanto
 en el agua muda del olvido.

■ PASTOR DE PAMPAS INVISIBLES

•61

He escrito solo
de ciudades y de cuerpos.
No traje otra música
en mi pecho
en mi torso díscolo de cuerdas
no hay más palabras
y he escrito solo de la muerte
que ronda escondida por los cuerpos
y acaece muda en las ciudades.

Olías
al lenguaje indescifrable del pasado
erguido
en el bálsamo ambiguo de mi lengua
espesa y sin dulzura
fingida de otro acento
saciaste
mi sed eléctrica, nocturna
en un instante.

Todo de nuevo
recomienza, un ansia
que la lluvia del sur
no canta en el futuro.

Todo de nuevo
se enmascara
de cuerpos sin muerte
de grandes ciudades
y promesas estancadas
en los opacos pantanos del deseo.

Cuando cese de atravesar
mi Rubicón oscuro
y no llegue a ningún puerto
otro que esta muerte que no cesa
indolora espero
en el ancho de la ciudad o el abandono
no tendré palabra entre mi queja
para tu cuerpo
solo un vapor que exhale, gacela
fugaz, agreste animal, indómito
pastor de pampas invisibles.

■ ULISES

[Svetlana Boym, *Future of Nostalgia*]

No sirvieron las faces
ni las vetustas armas
no sirvieron las voces
ni el perdido rastro
de su rostro oscuro
mutilado por el tiempo
y transparente en el deseo.
No sirvieron los gestos
familiares, las palabras
el nombre proferido con certeza:
Odiseo, Ulises soy.
Nadie supo ver
en el hogar encendido de su vuelta
al padre o al amante
al dueño o al guerrero
extraviado en su isla de nostalgia.
Nadie reconoció al hombre
que la patria esperaba
en la ansiedad del tiempo.
Solo un perro
ajeno al tumulto
en la sal de sus pies sucios
solo un viejo
abandonado por la gloria de los días
entendió la voz añorada en entresueños
una sierva sola supo ver
dolida en el retorno
la herida en la lengua del animal que lame.

Llegarán los delfines a los bosques
y ocuparán el alto de los árboles
todavía vivos
todavía en la cresta el peso
del luminoso efebo
que dormía sobre su tibio lecho
de incienso cuando el agua
de los dioses desbocaba sus furoros.
Llegarán los delfines
al laurel de Diana congelada
en músculos de mármol
y hambre.
Llegarán como el deseo
llega a su residencia en paraíso
como llega un peregrino
a la tierra donde ya no es forastero.
¿Cuáles son los dioses
que nos transforman en piedra y en pantano?
¿Cuáles las plantas
que alojan en su tallo el cuerpo
y abrevan para siempre
en nuestra hora?
Solo nos queda
de aquel holocausto misterioso
sangre y pan
en una frase oscura
proferida en arameo para nadie
y todos.
O buscar
entre cantos y sudores
en los bosques erguidos alimentos
espasmos, sueños, sombras
de delfines florecidos.

a José Antonio Suárez Londoño

Dicen que no hay lugar
en el mundo.
Dicen que no estuvimos
nunca en lugar alguno.
Dicen que no resiste
la vista del morro en tu memoria
que no fue mañana
el lugar de tu recuerdo
donde despiertas.
No hay lugar.
Se desvanece en el sitio
donde alzas su nombre
como estandarte de guerra
para la paz que se avecina.
No hay lugar.
Solo un camino de montaña
para el trasiego fugaz del cuerpo
y el deseo estaba.
Van a construir edificios
sobre tumbas
van a sustituir el ruido de los muertos
por un silencio de pasos
para erigir en su lugar
la mansedumbre.
No hay lugar en el espacio
detenido
ni en las aguas
donde naces.
Puede ser el lugar un cuerpo
donde otro cuerpo habita
y pasa.
Puede ser el lugar la voz
donde otra voz se escucha
y pasa.
Puede ser el lugar la dormición
donde otro sueño duerme
y pasa.
Puede ser el lugar el bosque
de líneas donde otra línea es sombra
de Horacio el poeta cuando pasa.
Puede ser el lugar la línea
sinuosa de los cipreses de Arlés
donde pasa el mundo entre sus ondas
sordo.
Puede ser el lugar un eco
que sobre las piedras pasa.
Puede ser el lugar la altura
de un puerto de la mar
que pasa.

Puede ser el lugar la infancia
donde otra infancia se hace espesa
y planetaria pasa.
Puede ser el lugar el pan
que nuestras manos muerden
la miga blanca que de mantel en mantel
pasa.
Puede ser el lugar en la memoria de otro
donde otra memoria pasa.
Puede ser el lugar el ala
invisible de los ángeles que pasan
sobre el manto azul de la Annunziata.
Puede ser el lugar lo que no vemos
nunca cuando pasa y atraviesa
la estela que dejaban nuestros pasos
en el campo de una vida que no pasa.

■ CASIDA PARA SHEILA

¿Cómo suena el sonido en el silencio?
¿Cómo suena desde el silencio el ruido
la música de alimentos y convivios
del otro lado de la sombra y de los árboles?
¿Cómo tejes de memoria entre las piedras
los hilos tenues con que escribes
la memoria de la piel en la memoria?

66•

¿Cómo ibas de Guerrero a Taxco acompañada
por el camino de otro que sería tuyo
—umbrales de Marruecos, glaciares suecos—
en la letra indescifrable del tejido?

¿Cómo suena el sonido desde el sueño?

¿Cómo suenan las canciones sin voz
la voz del mundo entre los cardos
el rumor del desierto en la ciudad
que te esperaba?

Cae el sol sobre los frisos
cae la palabra sobre el agua
en que buscamos nuestro cuerpo
adormecido cae el tiempo
incesante donde ya no suena
más que el vuelo sutil de las abejas
que hacen laboriosas los meandros
de la vida.

Cae la memoria de lo que ya no fuimos
en la sombra de lo que ya hemos sido.

a Sheila Hicks

■ SOLO TIEMBLA LA VERDAD

[Pascal Quignard / Marco Cornelio Fronto]

Te quedarán
dos o tres símiles de herencia:
el cuello de la hiena que se alarga
cuando escribes,
la serpiente
que solo busca sin pasado
en el futuro de su arrastre
ignorando el alba y el crepúsculo,
las flechas y las lanzas
cuyo arco de aire
no curva el viento
como la línea recta e invisible
incorpórea, inanimada
que yace en los meandros de la vida
hasta la muerte.
Te quedarás
libio entre los libios nómada
sin sepultura
expuesto en las palabras que cubren
tus palabras
cartas de amor, consejos
al amante bárbaro, excusas
imperiales
argumentos en pos de pompa
no de ideas
porque solo el cuerpo vale
solo tiembla la verdad cuando es sanguínea.

ANIMAL VESPERAL
[2015-2021]

¿Para quién se acumula
el silencio descomunal
de los archivos?
¿Para quién silba la abeja
cuando vuela su rumor
de miel entre detritus?
¿Para quién la arena cuele
entre las manos
de los que nunca vinieron
a la cena?
¿Para quién Pontormo escribe
sus almuerzos y visitas
su brazo izquierdo
sus dolencias?
¿Para quién sopla el insomnio
aún en vida ligera brisa tibia
o helado muerto el halo
en sus rondas en sus frutos
ya maduros
ante el ruido final de la caída?
¿Para quién cerca el pastor
sin animales
el horto concluso
del desierto?

[José Lezama Lima]

70•

Serás prístino en tu letra
en su terror o en sus ensueños.
Serás, mientras estés
en palabras construido o pronunciado
en el aire solar de nuestros cuerpos
edificio impecable contra el tiempo.
Sus gusanos, su final orgasmo
putrefacto volando en las alas
de un ventilador vetusto
no alcanzará en su perpetuo
movimiento tieso
a cubrir la amplitud de tus rigores
la cantidad hechizada de tu sombra.
No tendrás nombre ni serás
memoria en nadie.
Solo nómada en tus versos
letra errante y clavada
en otros muslos, ágil voz
mientras te dicen los mestizos
muchachos, sus gacelas
buscando el vuelo sucedáneo, el súbito absoluto
la mano segadora que acaricie
lo que nadie espera.

■ EL VIZCONDE CHARLES DE FOUCAULD LE HABLA
CON MI VOZ AL POETA JUAN SÁNCHEZ PELÁEZ

[Blaise Pascal, J.S.P.]

—y *qué más*
qué más por ahora
piragua azul
piragüita.

JUAN SÁNCHEZ PELÁEZ

[AIRE SOBRE EL AIRE]

•71

Voy a escribir
sobre la piel del viejo níspero
en vano las líneas de un poema
vacío, súbito y alegre.
Voy a trazar sobre la piel
el cuerpo
la sombra el fantasma el desencuentro
que busco
cada vez que el tiempo cuela
frío entre los huesos
y cae como golpe de arena
sin fin en la sentencia.
Voy a escribir lo que buscaba
antes de saber que lo encontraba
ya en la luz ya en el polvo
ya en la queja ya en la risa
frondosa
de anteayer en las persianas
que celaban nuestro sueño
mientras ladraba el mundo, el perro
mundo.
Voy a escribir con las piedritas
una piedra con un nombre o ninguno
piragüita y torvo
caballo
que Felipa baila aún
en la noche el tamunangue
que las abejas del Ávila traían
la miel de nuestra sangre
que para morir de la misma familia
yo no te buscaría, no
si no te hubiera ya encontrado.

[muchacho en el metro]

*derrita el sol las atrevidas alas,
que no podrá quitar al pensamiento
la gloria, con caer, de haber subido*

JUAN DE TASSIS,
CONDE DE VILLAMEDIANA

72•

Así eran los jóvenes
mancebos del delfín de Francia:
llevaban
la punta de la espada en el olfato
preñaban virilmente
sin temor a prole o descendencia
la augusta casa
de la lis, el lirio
vetusto, la adornada hija primogénita
de Roma cuando en Roma
hervía multitud de sucios ángeles
hinchidos de terrestre semen para el roto
mármol de Hércules, para el brazo
del señor de las labores
desasido de florestas.

Así eran los *ragazzi*
mulatos y esclavillos
ceja espesa, umbría
mirada cuando Ícaro
caía desde hogueras celestiales
en las plazas del mundo
en las piedras bruñidas entre leños
en la cegadora brasa de Giordano Bruno
de vínculo imposible y flores
donde ardían
junto a ellos matadores
del conde, amantes
invisibles del mismo amor
inmémore y anónimo
en la siempre negra
tarde tenaz de los recuerdos.

a Alejandro Castro

[Arvo Pärt, Pascal Quignard, Olivier Messiaen]

temerario tocar lo que vas viendo

RAMÓN GAYA [DEL PINTAR]

La pintura de Velázquez
el blanco ajado
de la luz que ciega del Ticiano
la música continua
de los Fratres
el cuarteto de pájaros
del fin del tiempo
son miseria fastuosa
de una hora que no cabe
entre las horas.

•73

Todo lo que acecha
la escucha por la música en el ruido
la espera en la sombra por las luces
el regusto atrás
en la confusión del gusto
la tumescencia escondida
para la mano del orgasmo
aspirar el aire de la juventud en tus pies
oler un cuerpo, oler
en busca el sueño de aquel baño
cuando eras niño
y no sabías.

Todo
lo que espera, lo que busca
lo que acecha
es predación o presa.

Ya no hay jardín
solo el jardinero
para tallar el aire
donde hubo flor o fruto.
Ya no hay jardines
solo el jardinero
que retorna.

a Adalber Salas Hernández

Fue en la casa
de Cayo Asinio Polión
general y cónsul, tribuno
de la plebe
que en Atrium Libertatis ungió
los libros en su templo
público y primero
bajo el sol de Roma
que es el sol de todos
los nacidos del mismo afán oscuro
de mundo ya surgiente, ya de muerte
y guerra, de fragores
infinitos en la tela arácnida
del tiempo.
Fue en la *domus* de Polión el literato
que Octaviano Augusto
escuchó cantar la voz
de Virgilio a la gloria de Eneas
y fue en la casa del tribuno
de la plebe
que el emperador encomendó el poema
Eneida y luego vespertina
la *Amereida*, fábula de ciegos
para cruzar la tierra.
Fue en el atrio
de la libertad y los libros
donde Polión, el crítico
acerbo ante los cantos turbios
ante la voz sin hilo, ante la letra
rota de los falsos versos
conservaba el toro
enorme en cuyo salto Dirce
la ninfa de Dioniso
la envidiosa, la arañosa Dirce
la salvaje atada por Anfión y Zeto
se hace manantial
lago matinal en la contienda
para venganza de los que arrastran
dolor materno
la música de piedras cuya *euphonia* erige
al abrigo marmóreo de los sueños
su blanca ruina.

a Leopoldo Iribarren

Por qué yo escribo
tanto a la memoria de otros
que se han ido
por qué mi mano viva
vive aún sobre la brisa humeante
de este dolor frío
por qué la brasa vive
sobre el aire de una canción
que no escuchamos
cenizas de bestia ardiendo
en la mañana de los llantos
y abandonos
por qué yo escribo
para traer aquella tarde
en que nadie te dejaba
y descubías
bajo la cama de familia
en la durmiente humedad de un niño
el amor que nadie había nombrado.
Fuimos y no fuimos
felices bajo un árbol
fuimos y no fuimos sombra
de una sombra que buscaba
luz en noches y tonadas.
Arrastren el caballo muerto
y sobre la nieve roja
su sangre cante los esponsales
imposibles.
Saquen del agua a Ulises
naufragado atleta
exhaustos sus músculos de cobre.
Busquen en el paisaje
al padre
detrás del paisaje
nunca en verdad perdido.
Aprenderemos entonces otro canto
otro silencio, para otra vida.

a Raúl Montesinos, i.m.

[*La sombra del apostador*]

*la luna es inmortal
sin que ella lo sepa*
IGOR BARRETO

76•

Las bestias
rituales en su muerte
eran la ceremonia
de nuestra inmortalidad
y su plegaria.
¿Hace cuánto tiempo
no viven más los hombres entre bestias
de cuyo nombre extraen
el nombre de su sexo erecto
—el gallo—
el río tieso de su simiente
eterna?
Dejarás caer ese animal
en bocas de otros
en cavernas fecundas
e infecundas quiebras, en la mano
hollada por la nada
del desierto
donde la naturaleza brota
cuando no se esconde.
Eres inmortal
o no lo eres.
No hay camino medio
en el bosque
luminoso de tu sombra:
bosones, hoyos negros, *quanta*
cuerda.
Pero saber de tu inmortalidad
es ya no serlo.

■ AHOGO

Ayúdame a recibir
el aire en que no quepo
cuerpo oscuro
peregrino indiferente
ayúdame
a serenar las tempestades
invisibles que me acosan
templa el aire, olvida
su violencia en el primer día
cuando caías
al mundo de los frutos secos
olvida
que Selín ladraba
bajo el níspero de oriente
contra la sombra de tu padre
ayúdame a aposentar
la voz y el canto
el cuerpo opaco
animal que resplandece
en su temblor
y en sus ahogos.

a George Galo

Con los días que pasan
embozados y grotescos
como piedras que atraviesan
mi garganta
cada vez más espeso, cada vez
más torpe
se aleja de mí el que fui
y otro viene en mí que no conozco.
En las noches de altura
me incendia el invisible
fuego de alimentos
incontenidos en exceso
de vida sobre la ignota vida
de los otros.
Me alejo entonces
de mi infancia
pero no es la muerte aún
la que aparece
sino mi padre en mí
en el espejo suyo entre mis dedos
lo veo sin que pueda hablarme
en el espejo suyo de mis manos
en sus manos.

[J.M. Blais / Hasselblad 1]

fui piedra y perdí mi centro
SOLEÁ

Lanzábamos fuegos en la playa
de las chispas, de los cantos
rodados y lamidos por el agua
en la noche en que nadamos alegrías.
Lanzábamos La Guardia al centro
de las piedras
donde tiembla inmóvil el duende
en nuestras manos.
Los años lanzamos como pedruscos
sobre el agua
y el agua se encendía
de promesas y de albuces
de fuego helado y de amor al día
se encendía y se apagaba
con apuros.
Cuántas veces corrimos como galgos
para llegar al sol en los manglares
de Margarita, Esparta o Ítaca
de brisa fresca que aliviara
el cuerpo de su salitre espeso.
Cuántas veces mudos fuimos
a ver la canción del sol
cayendo lentamente al agua
rojiza que nunca acariciamos.
Cuántas veces en las manos
durmió el ardor de nuestra infancia.

•79

a Samuel Guillén

EPÍLOGO

■ UNA CELADA PARA LA VOZ:
SOBRE LA POESÍA DE LUIS PÉREZ ORAMAS
ADALBER SALAS HERNÁNDEZ

Todos lo hemos vivido alguna vez. Por momentos pareciera que hay un concierto entre las cosas, un acuerdo fugaz que las vinculara y anudara, otorgándoles el don del habla. Los objetos, los fenómenos dicen, entonces; *se dicen*, inclusive, pero no con independencia, sino como una suerte de efusión coral, espuma toda de una misma marea: por momentos pareciera que una misma voz hilara lo que nos rodea.

•81

Un poco como sucede en estos versos de *La familia*, poema de Luis Pérez Oramas incluido en el volumen *Prisionero del aire*:

*El mundo se mueve por murmullos
no por fuerzas ni energías
no por cósmicas tragedias
ni por la voz de dios ni por celadas.*

El mundo se mueve por murmullos: no solo lo que decimos y nos decimos en voz baja, no solo la historia que va de mano en mano y de boca en boca, sino también su adición neta. El mundo en rotación por obra y gracia de la suma de sus voces minúsculas. No la voz de dios, declara el último verso de este pasaje, sino una fila de incalculables hormigas susurrantes.

Para Pérez Oramas, la voz pareciera estar dotada de una existencia independiente de los hablantes. Recurren una y otra vez imágenes en las que la voz despunta como un alfiler, con la v y la z enganchándose a la piel cuando pasamos las manos por el verso. Voz desasida del hablante, con no poco de espectral, que avanza y recula, que recorre el mundo sin pertenencia. Tal y como la presenta la sirvienta anciana a Telémaco en unos versos de *El largo viaje*:

*Deja entrar
la luz desde tu boca.
Ábrete entero,
que te anuncie
en el cuerpo su presencia
como miga de pan en la voz
dispersa de las voces
que te esperan.*

Es un gesto del despertar: permitir que entre en la boca la luz que corta las amarras del día, dejarla ingresar en el cuerpo precisamente como miga traída por la voz, resplandor de la primera mañana traficado por ella, augurio fiel de todas las otras voces que aguardan a Telémaco.

Pero esta voz no tiene palabras. Es sonoridad en estado puro, resonancia sin vocablo. Exceso de lo indecible sobre lo decible, como declara Bonnefoy en *L'autre langue à portée de voix*: «*La voix, c'est le surcroît de l'indécible sur le dicible. C'est le son des mots impliqué dans ce qui passe les mots*»¹. Es el

1 Yves Bonnefoy. *L'autre langue à portée de voix. Essais sur la traduction de la poésie*. París: Éditions du Seuil, 2013.

sonido de las palabras implicado en lo que está más allá de las palabras. Ese sonido siempre está por irrumpir, por rebasar las palabras que lo encarnan, que le dan forma. Es la primera materia acústica, aún sin tallar por el buril del aparato fonador, aún sin los tajos del alfabeto. Sonido que, en su empuje, supera lo dicho.

Una irrupción que se parece —por qué no— al despertar: claridad que deshace el abrazo de un dique que no vemos, pero que sabemos allí. Entrada súbita de una migaja que es destello y chispa, sin la cual nos resta un espesor como de bosque oscuro:

*Oscuro es el día
y la voz inútil.
De nada servirán los animales sonoros
de la tierra
para escampar la fiebre
de tanto cuerpo desnudo:
la sombra de las cosas,
su interminable jauría
en las espaldas.
Me gusta frecuentar
la ligera fuerza de las voces jóvenes,
nombres cortos, puntuales, deseables
y el olor de ahumados panes.
Oscuro es el día de mi espera
y mi paciencia inútil.
Voy a quedarme solo, resoplando
como un caballo muerto.
Una risa franca quizás, de vez en cuando
la mano abierta
tratando de articular con el humo de mi aliento
ciertas preguntas.*

Se trata del poema [*descriptio*], incluido por Pérez Oramas en *La gana breve*. No resulta ocioso notar cómo esta especie de autorretrato en solitario empieza justamente con la desesperación de la voz. Su inutilidad tan directamente declarada abre el poema y, con un mismo gesto, oscurece el día en un movimiento simétrico y opuesto al de la vieja sirvienta de *El largo viaje*. La voz ya no inaugura la jornada, refractándose luego en las voces de los otros, como si se tratara de un río empeñado en la fabricación de deltas. Antes bien, las voces, en plural, son jóvenes y poseen una *ligera fuerza*, nada que las haga caudalosas.

Perdido su principio unificador, el paisaje sonoro del poema se disgrega y, con él, la existencia misma del yo que se enuncia en él. Las cosas ya no están organizadas en un orden, una sintaxis, sino que se han vuelto sombras apenas, acentuando la oscuridad del día. Y no solo eso: son *interminable jauría*, son indomeñables, salvajes, amenazantes. Los nombres ajenos son puntuales y cortos, contornos para una soledad que se anuncia como resoplido, como risa, como aliento inarticulado que deja en el aire un revuelo de pregunta. Nada de esto es la voz, inútil como la paciencia que la espera para que use nuestro pecho como caja de resonancia.

En sus justamente celebrados *Cahiers*, Paul Valéry anota: «*Le point délicat de la poésie est l'obtention de la voix. La voix définit la poésie pure. C'est un mode également éloigné du discours et de l'éloquence, et du drame même, que de la netteté et de la rigueur, et que de l'encombrement ou bien de l'inhumanité de la description*»². Al embarcarse en la insatisfactoria empresa de diferenciar la poesía de otras modalidades del lenguaje, Valéry termina por hallar ese punto de quiebre, esa frontera, en la voz. La obtención de la voz hace que la poesía se distinga de la alocución del personaje público y del parlamento del actor, así como de la descripción, del recuento, del inventario. Y este modo de concebir la voz ilumina en cierto modo la poética de Pérez Oramas. Es toda esta una trampa tendida para atrapar la voz. Como si la escritura se fuera haciendo poco a poco en la espera de que llegara esa fuerza acústica inhumana, auscultándola, lista para saltar y asirla.

Pero entonces, también, es una poética de la voz que ha huido. De la voz escurridiza, dolorosamente lejana, invariablemente aplazada. Una poética de la sed y del duelo, en cierto sentido, por la voz que no termina de derramarse en las palabras. Así, por ejemplo, el poema ecfrástico *Claude Lorrain: El sermón de la montaña*, 1656, perteneciente a *Gacelas y otros poemas*:

*Huera es la voz
en la montaña
con la espalda de luz
entre sus sombras.
Huera es la voz
tras el incendio
el viento, las tormentas.
Escasas son las manos
que te cubren
y huera la ceniza
tras la noche
que arroja la piel de tus rebaños.
La esperanza
de quien sube al filo del desierto
es huera
y la montaña un hueco sin fondo de muerte
limo de tarde para el sueño
de voz en Arcadia sin medida.
Huera es la luz
que de las ramas cuelga
como espiga
de silencio en la hondonada.*

Vale la pena empezar por el óleo de Lorrain. En él contemplamos la escena bíblica desde lejos, a una distancia considerable. Numerosos pastores atienden a las palabras de Cristo, incluso hallándose al pie de la montaña o más remotos todavía. Como si la voz divina, la voz que hace cosmos, los pudiera alcanzar sin importar dónde se hallaran. Pero nosotros no escuchamos. Nosotros, al otro lado de la tela, estamos completamente sordos ante la palabra que revela, imbuida de sentido, desbordante de eso indecible que sobrepasa lo decible. Y esa distancia es insalvable.

2 Paul Valéry. *Cahiers*, tomo VI. París: Éditions Gallimard, 1997.

Por eso «huera es la voz / en la montaña». La voz epifánica, capaz de ordenar el mundo, la que posee la calidad de un despertar, está vacía. Hueca por dentro. Perdida su potencia reveladora, también carece de poder para imponer concierto al mundo: es huera tras el incendio, el viento, las tormentas; ante el desierto, la montaña, la tarde que se desploma. Es huera la voz y, con ella, la esperanza y la luz. No es casual que la última palabra del poema sea *hondanada*, significativa variación sobre *hondonada*, tanto más eficaz hallándose justo al final del texto. La luz —a estos efectos, la voz— reducida a pender callada en la honda nada.

Ante la ausencia de la voz, ante su colgar en el silencio como ahorcado, con todo su peso áspero atraído por la gravedad, estos poemas solo saben responder dando cuenta de un movimiento de repliegue:

*Han pasado unos días buenos
para toda la muerte, para todo el tiempo
amanecí diciendo nada me importa aquello que sea nuestro
han pasado los días y me iré
me despediré de esta voz, de este candelero en la garganta.*

*Dedicaré mis cantos a la vida de adentro, la casa
la única ciudad que he conocido
a la escasa rinconada de mis amigos
al cercano golpe de playas de este cerro
plagado de otras vistas.*

Este pasaje de un poema sin título, hallado en *Salmos y boleros de la casa*, dice de ese gesto apuntado hacia adentro. «Días buenos / para toda la muerte», aquellos en los que el habla es un fruto ingrato, cuando su candelero no enciende en la garganta, cuando el *nosotros* se quiebra porque no hay voz que lo hile e ilumine; días, en suma, que empujan a la interioridad. Y allí ocurre, cuando no hay nada *nuestro*, pasado el primer instante de soledad estrecha como un cuerpo sobre el nuestro —aquella soledad tan patente en [*descriptio*]— ocurre el hallazgo del otro: extraviada la voz unificadora queda, sin embargo, un canto menor, terco, irremediabilmente concreto, como una mano extendida.

Un canto que toma ese repliegue, ese vuelco hacia el interior, y lo torna además apuntado hacia el afuera necesario del prójimo. Así, el apagarse de la voz se transforma en celebración de la *vida de adentro*, del hogar y las amistades, la ciudad natal, el mar y el cerro que lo rodean; paisajes que no necesitan de la voz divina, como la montaña del sermón evangélico, sino que simplemente están allí, repletos de sí, sin hambre de trascendencia. O lo que es lo mismo: sin necesidad de una voz que los eleve o justifique.

Es entonces cuando esta poética perfila su interlocutor: no desde una voz que englobe y abrace a dos sujetos, haciéndolos parte de un conjunto mayor; no una voz portadora de sentido, sino de esta otra voz, particular y menuda, que sirve como lazo que los une:

*Puede ser el lugar la voz
donde otra voz se escucha
y pasa.*

Así el poema *El lugar del ángel*, de *La dulce astilla*. La voz única del otro pasa y se deja oír —y a su vez escucha—, para luego desaparecer. Pero, tras este encuentro, ninguna permanece idéntica a sí misma. Han quedado anudadas. La figura del lazo no es casual: la voz como espacio para la ligadura nos conduce, a su vez, a uno de los fragmentos de Gego: *anudamientos*: «Un nudo enlaza siempre una presencia con otra, que está aún por venir»³. El nudo dice de la presencia que viene, aunque no se sepa aún cuál pueda ser. Así como el poema —ese otro anudamiento de sonidos y sentidos— se desentiende aquí de la megalomanía de la voz para conducir al otro, a su presencia, siempre a punto de llegar. O mejor: llegando interminablemente con cada nuevo lector.

La voz que le damos al otro —y que, en el caso de Pérez Oramas, es también el dolor de la voz que se ha escapado— lleva a cuentas los ecos de toda esa materialidad sonora que nos conforma: «Algo retumba en el nudo que hace nacer, para lo humano, al canto: el cuerpo como sótano de voces», anota más adelante en el mismo texto sobre Gego. Se trata de un habla que, como afirma Lévinas, crece y se amarra y se hace intrincada «*dans la mortalité du moi, du fond de ma faiblesse*»: en la mortalidad del yo, desde el fondo de su fragilidad⁴. Ese «sótano de voces» resulta ser justamente esto, retazos y jirones de nuestra más íntima debilidad. Intransferible, sin duda, pero susceptible y deseosa de anudarse a la del otro. Y esto solo el poema lo puede lograr.

Es por ello que el poema que da título a *Prisionero del aire* puede ser leído como un *ars poetica*:

*Prisionero de la voz
que escuchas cuando duermes
como el eco de tu lengua
en otra lengua
solo puedes buscar
lo que encuentras:
un golpe de sombra
leve y transparente en la sentencia.*

[...]

*Prisionero del aire
ahora estás en su silbido
que te aturde
y en la urdimbre callada de los tiempos
nada te sostiene:
solo la voz que te llama a caminar
sobre la espuma
solo el canto viajero que te anuncia
una pesca de nubes, milagrosa.*

³ Luis Pérez Oramas: *Gego. Anudamientos*. Caracas: Sala Mendoza-Fundación Gego, 2004. Este pequeño libro de fragmentos en prosa con fotografías de la obra de Gego —diseño de Álvaro Sotillo e iconografía de Gabriela Fontanillas— puede ser considerado dentro del corpus poético de su autor.

⁴ Emmanuel Lévinas. *Alterité et transcendence*. París: Fata Morgana, 1995.

El *tú* del poema, habría que creer, es el mismo poeta: esa figura desdoblada que permite que el texto se vuelva un dispositivo de exposición y examen interior. A través de esta interpelación, toda una poética se confiesa: el sujeto al que se dirige el poema sigue siendo prisionero de esa voz que nunca ha atrapado, que no puede atrapar. Aún es llamado por ella, tentado por sus contornos huidizos que, de un modo u otro, se presentan como familiares: ecos de la lengua propia en la ajena. Pero todo queda en *golpe de sombra*, en encontrar lo ya poseído, en buscar lo hallado de antemano: la voz permanece lejana. En esa prisión de aire, ingrávida, que aturde, se encuentra esa otra voz, la que se hace canto y camino, la que se descubre *pesca milagrosa*, encuentro con el otro.

Cabría preguntarse: ¿por qué no escribir en busca de la voz? ¿Por qué no abrir el poema como fauces para que la voz entre en él, aunque le rompa los dientes? ¿Por qué no quebrar el lenguaje para que ingrese en él algo de esa sonoridad excesiva? La respuesta es simple: porque se trataría de otro poeta. La poética de Pérez Oramas se debe a la voz perdida, la que coloca una trampa que sabe inútil de antemano. Pero ese rastro, sin embargo, esa huella precaria provee a esta escritura de su materia. Es la osamenta, los músculos, el barro circulatorio mismo con los que Pérez Oramas da encarnadura a sus poemas. Cuerpo exacto que, desplegado sobre la página, nos es entregado en toda su singularidad. Mano que estrecha la nuestra.

Ciudad de México, 11 de enero de 2022

La trayectoria autoral de una poesía es —como todo evento autobiográfico— el resultado de encuentros, incontables memorias y olvidos, quizás una empresa imposible de concluir. Mientras es, nadie puede —en efecto— de manera conclusiva decir: *he sido*. Tal es la vieja conseja de los griegos: que se puede ser feliz, pero no se puede ser el sujeto de la frase que proclama la felicidad. Otras civilidades más allá del crisol grecolatino, provenientes de coordenadas diversas del *mundo-todo* en la resonancia de cuya multitud de lenguas vivimos nuestra lengua, nos han enseñado a llegar a ser lo que no somos, a ser lo que no hemos sido, a no ser lo que fuimos. La poesía, ese nombre inexacto de las cosas, es desde siempre un terremoto parmenídeo: el ser hasta en la persistencia de no-ser y vida más allá de lo pensable.

Apenas salía yo del bachillerato con un manojo de poemas malos, inflados de impostura adolescente y falsamente eruditos, mi padre —su primer lector—, para sorpresa mía, decidió editarlos amorosamente en un cuaderno, con excelente papel y cartulina fina de portada. Ese libro, en el que no me reconozco porque era la voz de uno que aún no llegaba, me permitió un día encontrar a Fernando Paz Castillo. Su voz quería yo que estuviese en mí y la lección de generosidad que me ofreció ante la mediocridad de mis poemas aún persiste para recordarme la necesidad de la misericordia ante cualquier obra.

Los años de mi infancia poética habían sido marcados por Paz Castillo, también por Salustio González Rincones (por encima de Ramos Sucre), César Vallejo, Antonio Machado, Miguel de Unamuno, Giuseppe Ungaretti y, sobre todo, Miguel Hernández. Luego vinieron los amigos, las interlocuciones reales —aquel taller de poesía dirigido por Andrés Athilano, poeta experimental e irónica figura, misteriosa, quien me enseñó la dimensión espacial del poema—, y las grandes amistades, que aún no cesan. Esta antología se inicia con cinco poemas de mi primer libro —no aquel publicado por mi padre, sino el primer poemario editado y sancionado a través de una iniciativa editorial, Monte Ávila Editores, en 1986—, titulado *Salmos (y boleros) de la casa*. Ese libro fue, mientras se escribía, todo él leído en la casa de Antonia Palacios, Calicanto. Y Antonia fue, después de Paz Castillo, un encuentro aún en brasa viva. Yo quisiera ver en alguno de sus cantos, junto al eco de poetas como José Gorostiza, Gilberto Owen, Javier Villaurrutia, Enriqueta Arvelo y Ana Enriqueta Terán, Dylan Thomas, Jack Kerouac, Allen Ginsberg, Emily Dickinson, Walt Whitman, Leopardi, Quevedo, Petrarca, Arquíloco y Catulo, el rastro de un tono que puedo encontrar en los poemas de Antonia, *aguardando mi nombre cada día*: «Aquí mi piedra inmóvil, mi inmóvil fortaleza. Aquí mi piedra inerte, mi piedra en descalabro».

Fue, sin embargo, Juan Liscano —cuando ya había empezado el ruido callejero de los grupos Tráfico y Guaire, con sus recitales en plaza pública y el estertor de los manifestos, la injuria contra los grandes poetas que nos habían precedido— quien me convenció de participar con ese manuscrito en el premio de poesía joven de Monte Ávila Editores que, ya viviendo fuera de Venezuela, tuve la satisfacción de recibir en 1983. Por esos años había conocido a José Balza, en cuya tersa y aguda prosa vivo aún como en una casa paterna. Y gracias a cuyos

oficios conocí luego a José Napoleón Oropeza. A ambos debo las más profundas e inteligentes lecturas integrales que se han hecho de mi obra⁵.

Así como los arquitectos permanecen a menudo en el aire de sus dibujos, no logrando llevar a piedra sus ideas, los poetas acumulamos poemas desechados, libros inéditos. La escritura —como un puente— que me condujo de los *Salmos (y boleros) de la casa* a *La gana breve* respira en uno de esos conjuntos aún sin publicar. Fue en el otoño de 1984, en París, mientras leía a Homero, que pude asistir al estreno de una ópera compuesta por Gavin Bryars puesta en escena por Robert Wilson: *Medea*. El impacto de esa experiencia fue enorme y me llevó a escribir un largo poema coral, basado en la *Odisea*, como libreto para una ópera a ser compuesta por Julio d'Escriván, y cuya puesta en escena fue abocetada por Orlando Arocha. *El largo viaje* —así se titula aquel libreto/poema— nunca vino a ver la luz de su música, menos su vida en escena, y por primera vez se publica una selección de sus versos en esta antología.

La dimensión juglar de la poesía —ha argumentado Octavio Armand— es su inminencia, que yace en el canto, que a su vez yace en la voz a punto de ser proferida. Una temprana decisión me hizo pensar que mi vocación poética se confundía con el cancionero, que mis poemas serían canciones, abrevaderos de una sed —o gana— breve, como sorbos de agua. Revisando viejos manuscritos encuentro unas reflexiones sobre el deseo escritas por mí en 1985, con una cita de Sergio Solmi: «rozar, con una mano perezosa, las asperidades de lo real». Pudiera ser éste mi *ars poetica*, tocar la realidad deseosamente, su cuerpo más visible, con la sonoridad de la palabra. En Europa me hice al oficio de las cosas mudas, que es como Nicolás Poussin hablaba de la pintura. Fue en esa larga jornada de estudio y vida que entendí la vinculación inextricable entre lo poético y —por decir algo que se aproxime— lo visible, lo visual. La mía es, creo, poesía de un voyeur. En mis versos quiero evocar la intensidad de lo que he visto, retornar memoriosamente a la trepidación de lo visible.

Recuerdo haber participado de un recital en los pasillos del viejo Museo de Bellas Artes, en 1984, cuando se celebraba la ceremonia de premiación en la que fue galardonado mi poemario *Salmos*. Aquella tarde, como viniendo de ninguna parte, se acercaron a mí con una ternura que no podré olvidar jamás Juan y Malena Sánchez Peláez, y luego, Eugenio Montejo. Fueron estos encuentros fuego inextinguible de una poesía en la que quiero vivir para siempre. *Terredad* y *Animal de costumbre*, *Por cuál causa o nostalgia* y *Trópico absoluto* deben resonar en los versos de *La gana breve*, publicado por el Fondo Editorial Pequeña Venecia en 1992. Los poemas que he incluido de ese libro tienen que ver con los afectos que lo hicieron posible. Uno de ellos, concebido frente a un cuadro de Cy Twombly, es un amuleto para los silencios que se rompen. Pero allí también debería retumbar el eco de poetas cuya lectura me acompañaba por esos años (y que aún me abrigan en la vida): Paul Celan, José Ángel Valente, Eugenio de Andrade, Mario Luzi, Antonio Colinas, Salvatore Quasimodo, Zbigniew Herbert, Sandro Penna, Yorgos Seferis, Constantino Cavafis, Yannis Ritsos, Cesare Pavese, Antonio Ramos Rosa, entre otros

5 Vdr. José Balza: *Luis Pérez-Oramas, poesía y crítica*. En: *Cuadernos Hispanoamericanos*, julio-agosto 2019, #829-230, p. 122 (re-publicado digitalmente en *Trópico Absoluto*. Revista de crítica, pensamiento e ideas; y José Napoleón Oropeza: *La poesía de Luis Pérez Oramas: Laberintos y aldabas de una luz encarnada*. En: *El habla secreta*. Volumen II. *Rostros y perfiles en la poesía venezolana de los siglos XIX y XX* [inédito].

que rescato de la mezquindad de la memoria. Fue también en 1992 cuando, leyendo la modesta y afectuosa correspondencia entre Henri Matisse y Pierre Bonnard durante los difíciles años de la Segunda Guerra Mundial y bajo la ocupación nazi en Francia, me pareció encontrar las claves de una poesía *ready-made* en frases que, escritas sin destino o impulsión literaria, resultaban valerme como poemas: «materia insensata de un poema que aún no llega, poesía que precede a su forma y respira al borde de su no-ser», escribía en el prefacio a *B/M*, ese extraño texto, poema de poemas inédito, finalmente concluido en 2010. Se publica por primera vez integralmente —como una rareza en mi obra— en esta antología.

En 1994 retorné a Venezuela, tras haber vivido en Francia por más de una década estudiando y enseñando. Algunos meses antes de mi regreso, uno de mis colegas en la Escuela de Bellas Artes de Nantes —donde yo era profesor— me invitó a producir una *plaque* de artista, un pequeño libro-objeto que contuviese algún poema escrito por mí. Daniel Nadaud, un hombre discreto y genial, cuya obra se alimenta del olvido rural sobre el que se ha construido la moderna Francia, hizo unos hermosos dibujos de ramajes dorados y térreos para aquel poema, *Doble siesta*, publicado por una editorial de libros artesanos —Sixtus— en la ciudad de Poitiers. Poema bilingüe, en castellano y en francés, *Doble siesta* es la única pieza de poesía que he escrito en un idioma diferente a mi lengua materna. Fue —no sin cierta ironía— algo así como mi propia *Vuelta a la patria*. Lo he incluido en esta antología porque, aun cuando no es inédito, es también un vaso conductor entre uno y otro momento de mi obra.

Otro inédito, un largo poema erótico, titulado *Balada de Joey Stefano*, cuya composición inicial data de 1997, pero que solo llegó a su forma final en 2014, resultado de historias y escarceos amorosos —mi amigo y furtivo amante Ramón Herrera Rojas evocando su encuentro una noche de trenes con un anciano Jean Genet; y yo mismo, en la oscuridad de los sótanos de la prostitución, cruzando miradas, caricias y palabras con un célebre actor de pornografía homosexual al borde de la muerte, Joey Stefano— funge en esta antología como un puente entre *La gana breve* y mi poesía más reciente. Creo haber alcanzado en la *Balada* una impulsión homoerótica que marca mis poemas desde entonces y, más allá del anecdótico que le pudo dar origen, esa *Balada* es la condensación mnemónica de una ondulante vida amorosa, a la vez fulgurante y deseosa, en el cumplido gozo o en el desasosiego, de cuya ceniza hago la materia de muchos de mis versos.

Alcancé a poseer mi propia voz como poeta en la última tarde del siglo xx, durante la década de 1990. Los versos que fueron publicados en el libro *Gacelas y otros poemas*, al cuidado de Leopoldo Iribarren en la editorial Goliardos en 1999, para cerrar el milenio, fueron concebidos durante ese decenio, a partir de 1992, y quiero creer que en ellos se refleja el pulso nuevo de mi voz, su grano, su fragilidad, su queja, su alegría, su trepidación, su aliento, su dolor, su extenuación, su sístole. Coinciden esos poemas con un redescubrimiento de la poesía lorquiana. Pero no solo Lorca —especialmente aquel del *Diván del Tamarit*, con sus casidas y gacelas— debería escucharse allí: también Luis Rosales y Manuel Padorno, Jorge Luis Borges, Alejandro Oliveros y, siempre, Juan Sánchez Peláez. Son esas gacelas poemas en los cuales la impulsión erótica de mi poesía sigue la estela de la *Balada* y que se alimentan también de relecturas clásicas: Ovidio, Virgilio, Horacio, Fronto y,

especialmente, Tito Lucrecio Caro, cuya obra *De rerum natura* es, con certeza, el poema que yo me llevaría a la isla de cualquier exilio o muerte.

Mis dos más recientes poemarios, publicados en España por la editorial Pre-Textos, *Prisionero del aire* (2008) y *La dulce astilla* (2015), son mi espejo más fiel: en ellos puedo verme, al fin, tocando el puerto que buscaba con mi voz. Compuestos mientras vivía en Venezuela hasta el año 2003 y luego en Nueva York, donde resido desde entonces, pueden responder a un aforismo encontrado en los diarios heredados de uno de mis padres, Isaac Chocrón, en cuya amistad, casa y teatro me encontré como un hijo pródigo durante aquellos años finales del siglo xx y en la infancia del nuevo milenio: «Escribo todo / para no morirme / con todo en la boca».

Esos poemarios fueron acuñados también al compás de una permanente frecuentación de la poesía en español y de poetas amigos —Igor Barreto, Antonio Lucas, Luis Muñoz—, y de algunos más venerables, desde el gran Juan de Tassis hasta Jaime Gil de Biedma, Tomás Segovia, José Bergamín, José Lezama Lima, Eliseo Diego, Ramón Gaya, Julio Martínez Mesanza, Andrés Sánchez Robayna, Hugo Padeletti, la *Amereida* de Godofredo Iommi y otros más jóvenes, como Abraham Graguer, Alejandro Crotto o Luis Felipe Fabre. Muchas de estas lecturas las debo a la fortuna de haber encontrado a los mejores editores de poesía en castellano: Manuel Borrás, Manuel Ramírez y Silvia Pratdesaba de Editorial Pre-Textos, a quienes no tengo cómo agradecer la iluminación y la amistad.

Cada uno de los poemas que he escrito puede referirse a un evento, una música, una sensación, un olor, una textura, un cuerpo, una ciudad, una voz que pasa. Quisiera pensar que son todos ellos poemas de una epifanía, si breve, modesta o incommunicable. Recientemente, la amistad con poetas venezolanos más jóvenes —Alejandro Castro, Adalber Salas Hernández, George Galo, Daniel Ch. Aro, Hibráhim Alejo—, a quienes debo la generosidad de su lectura entusiasta o crítica, me impulsa a pensar que no hay otro destino para un poema sino vivir en otro, poema o poeta, como voz consumida por otras voces y allí consumada, en su rastro fulgurante, habitando como un arcano para la metamorfosis y la vida. Esta antología se termina con una selección de poemas escritos entre el 2015 y el 2021, todos ellos incluidos en un poemario inédito, *Animal vespéral*, que la Editorial Pre-Textos debería publicar en el curso del año 2022.

Cuando la Fundación La Poeteca me anunció, a fines del año 2021, a través de un inesperado y generoso mensaje de Jacqueline Goldberg, la voluntad de publicar esta antología de mi poesía, estaba yo llegando a las últimas páginas de *Las paradisíacas (Último reino IV)*, de Pascal Quignard. Quizá no hay otro escritor que haya impactado en mí con tanta asiduidad y persistencia como el autor de los *Pequeños tratados*. En él encuentro cada vez, como en un nuevo Borges, el exceso de lo vivido sobre lo ya dicho que hace siempre posible el poema. Cerrando *Las paradisíacas* de Quignard me llega esta frase, aquí propicia: «Cuando escuchamos un canto, el cuerpo deja de estar sujeto al tiempo que pasa». Pueda entonces acontecer, como la invoca un poema escrito bajo la sombra de Lezama, súbita, aquella «mano segadora / que acaricia lo que nadie espera».

■ LIBROS ANTOLOGADOS EN ESTA EDICIÓN

Salmos (y boleros) de la casa. Caracas: Monte Ávila Editores, 1986.

El largo viaje. Poema escénico en seis actos para una ópera sobre la Odisea.
[Selección / 1985, inédito hasta esta edición].

La gana breve. Caracas: Fondo Editorial Pequeña Venecia, 1992.

B/M. Poema compuesto a partir de la correspondencia entre Henri Matisse y Pierre Bonnard, en tiempos de penuria y guerra. [Texto integral / 1991, inédito hasta esta edición].

•91

Doble siesta. Poitiers: Sixtus Éditions, 1994.

Balada de Joey Stefano. [Texto integral / 1997, inédito hasta esta edición].

Gacelas y otros poemas. Caracas: Editorial Goliardos, 1999.

Prisionero del aire. Valencia: Editorial Pre-Textos, 2008.

La dulce astilla. Valencia: Editorial Pre-Textos, 2015.

Animal vespéral. Valencia: Editorial Pre-Textos, 2022. [Selección / inédito hasta esta edición].

ÍNDICE

SALMOS (Y BOLEROS) DE LA CASA [1983] 4

SALMOS DEL CERRO 5

(BOLERO) 7

HE VIVIDO TANTO EN MI CASA 8

(BOLERO) 9

HAN PASADO UNOS DÍAS BUENOS 10

EL LARGO VIAJE [1985] 11

LA GANA BREVE [1992] 18

YO NUNCA SUPE 19

SI ESTUVIERA EN MÍ VOLVER A HACER EL PARAÍSO 20

CUANDO ESTÉ LEJOS AÑORARÉ LAS COSAS 21

[CANTUS] 22

[DESCRIPTIO] 23

[CY TWOMBLY/EKPHRASIS] 24

[NARRATIO] 25

[DESCRIPTIO] 26

B/M [1991] 27

DOBLE SIESTA [1994] 36

SE MUEVEN LOS LOROS DESPACIOSOS 37

À L'AUTRE VERSANT DE SON RÊVE IL S'ÉTAIT DIT 38

BALADA DE JOEY STEFANO [1997] 40

GACELAS Y OTROS POEMAS [1999] 46

LLEVAS LA MELANCOLÍA EN TODAS LAS AGUAS 47

HANS LEU: *ORPHEUS UND DIE TIERE* 47

CLAUDE LORRAIN: *EL SERMÓN DE LA MONTAÑA* 48

NICOLAS POUSSIN: *LE TEMPS CALME* 48

GACELA DE TYLER 49

GACELA DE TOULOUSE 49

GACELA DEL SENDERO VESPERTINO 50

GACELA DE LA NOCHE LARGA 50

GACELA DE OVIDIO 51

PRISIONERO DEL AIRE [2008] 52

GACELA DE HUGO 53

ORAIBI 53

LA FAMILIA 54

LA TARDE 55

PRISIONERO DEL AIRE 56

TENS 57

POEMA DE LA ILUSIÓN 58

LA DULCE ASTILLA [2015] 59

LA DULCE ASTILLA 60

A. *ARS POETICA* 60

PASTOR DE PAMPAS INVISIBLES	61
ULISES	62
RESIDENCIA EN PARAÍSO	63
EL LUGAR DEL ÁNGEL	64
CASIDA PARA SHEILA	66
SOLO TIEMBLA LA VERDAD	67

ANIMAL VESPERAL [2015-2021] 68

LOS ARCHIVOS	69
TROCADERO, 160	70
EL VIZCONDE CHARLES DE FOUCAULD...	71
MIGNON	72
EL JARDINERO	73
TORO FARNESIO	74
POR QUÉ YO ESCRIBO	75
EL GALLO	76
AHOGO	77
OTRO VIENE EN MÍ	78
LA GUARDIA	79

•93

EPÍLOGO 80

UNA CELADA PARA LA VOZ	81
ADALBER SALAS HERNÁNDEZ	

NOTA DE AUTOR COMO ANTÓLOGO	87
LUIS PÉREZ ORAMAS	

LIBROS ANTOLOGADOS EN ESTA EDICIÓN	91
------------------------------------	----



multiplicas

Casa de Bolsa

ESTE LIBRO HA LLEGADO A SUS MANOS GRACIAS AL GENEROSO APOYO DE

TÍTULOS DE FUNDACIÓN LA POETECA



COLECCIÓN CONTESTACIONES

Cartas de renuncia ARTURO GUTIÉRREZ PLAZA

La inclinación ALEXIS ROMERO

La mano segadora LUIS PÉREZ ORAMAS



COLECCIÓN MEMORIAL

Los daños colaterales HARRY ALMELA

Gramática del alucinado HESNOR RIVERA

Lo que trae el relámpago ESDRAS PARRA



COLECCIÓN SEAMOS REALES

Kerosén VALENTINA FUENTES

Cosmonauta ENZA GARCÍA ARREAZA



COLECCIÓN PRIMERA INTEMPERIE

Galateica JULIETA ARELLA

Tuétano ANDREA CRESPO MADRID

El jardín de los desventurados JOSÉ MANUEL LÓPEZ D'JESÚS

Los futuros naufragos YÉIBER ROMÁN

Rotos todos los cielos EURO MONTERO

Simetría del hematoma FLORA FRANCOLA

Todos los libros pueden
ser descargados de
forma libre y gratuita
en nuestro portal
<https://lapoeteca.com/>



LA MANO SEGADORA LUIS PÉREZ ORAMAS

SELECCIÓN ANTOLÓGICA

[1983-2021]

COLECCIÓN CONTESTACIONES

© De los poemas, Luis Pérez Oramas

© De esta edición, Fundación La Poeteca

© Del epílogo, Adalber Salas Hernández, Luis Pérez Oramas

PRIMERA EDICIÓN EN CARACAS Y EN AMAZON: **Junio, 2022**

COORDINACIÓN EDITORIAL

Jacqueline Goldberg

ASISTENCIA EDITORIAL Y CORRECCIÓN

Ana García Julio

DISEÑO Y MAQUETACIÓN

ABV Taller de Diseño, Waleska Belisario

DEPÓSITO LEGAL MI2022000055

ISBN 978-980-7886-16-1

Todos los derechos reservados. Está prohibida la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial del contenido de este libro sin la debida autorización de Fundación La Poeteca.

ESTE LIBRO SE
TERMINÓ DE
IMPRIMIR EN JUNIO
DE 2022. PARA
SU COMPOSICIÓN
TIPOGRÁFICA SE
UTILIZARON LAS
FAMILIAS ITC TIEPOLO
EN LOS TÍTULOS Y
STRAYHORN MT
STD EN EL CUERPO
DE LOS POEMAS.
TODO ESTO OCURRIÓ
EN CARACAS,
VENEZUELA,
MIENTRAS LUIS PÉREZ
ORAMAS ECHABA UN
OJO DESDE NUEVA
YORK.



FUNDACIÓN LA POETECA

PRESIDENTE

Marlo Ovalles

DIRECTOR

Ricardo Ramírez Requena

GERENTE EDITORIAL

Jacqueline Goldberg

CONSEJO ASESOR

Alfredo Chacón

Arturo Gutiérrez Plaza

Gabriela Kizer

Rafael Castillo Zapata

Santos López

Yolanda Pantin

LA MANO SEGADORA recoge poemas de los siete libros publicados hasta la fecha por el escritor venezolano Luis Pérez Oramas y ofrenda con un asomo a cuatro libros inéditos. Construida por el propio autor, esta personalísima antología da cuenta de un proceso escritural que a lo largo de casi cuarenta años se mantuvo firme en su vocación de buscar una voz, esa que hila los acontecimientos y hace de la vida poesía y viceversa. «Para Pérez Oramas, la voz pareciera estar dotada de una existencia independiente de los hablantes [...] Pero esta voz no tiene palabras. Es sonoridad en estado puro, resonancia sin vocablo [...] También es una poética de la voz que ha huido. De la voz escurridiza, dolorosamente lejana, invariablemente aplazada. Una poética de la sed y del duelo, en cierto sentido, por la voz que no termina de derramarse en las palabras [...] La poética de Pérez Oramas se debe a la voz perdida, la que coloca una trampa que sabe inútil de antemano», señala Adalber Salas Hernández en el epílogo de este libro que devuelve a los lectores a una de las voces más genuinas y necesarias de la poesía venezolana contemporánea.

LUIS PÉREZ ORAMAS [Caracas, 1960]. Ensayista y poeta. Ph.D. en Historia del Arte por la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales [París, 1993]. Curador de la colección Patricia Phelps de Cisneros [1995-2002]. Curador de Arte Latinoamericano en el Museo de Arte Moderno de Nueva York [2003-2017] y director curatorial de la Trigésima Biental Internacional de Arte de Sao Paulo [2012-2013]. Actualmente reside en Nueva York y trabaja como escritor y curador independiente, asesor curatorial de la colección Hochschild Correa [Lima] y director curatorial de la Galería Nara Roesler [Sao Paulo, Rio de Janeiro y Nueva York].

Ha publicado los libros de poesía *Poemas* [1978]; *Salmos (y boleros) de la casa* [1986]; *La gana breve* [1994]; *Gacelas y otros poemas* [1999]; *Prisionero del aire* [2008]; *La dulce astilla* [2015] y *Animal vespéral* [2022]. Asimismo, es autor de los volúmenes de ensayo *Armando Reverón: de los prodigios de la luz a los trabajos del arte* [1990]; *Mirar furtivo* [1995]; *La década impensable y otros escritos fechados* [1996]; *La cocina de Jurassic Park y otros ensayos visuales* [1997]; *Gego-Anudamientos* [2004]; *La república baldía. Crónica de una falacia revolucionaria* [1995-2014]; *Olvidar la muerte. Pensamiento del toreo desde América* [2015] y *La (in) actualidad de la pintura y vericuetos de la imagen. Tres ensayos* [2021].



LA POETECA



FUNDACIÓN LA POETECA tiene como fin promover la lectura y escritura de poesía.

Ofrece dos diplomados: uno de Apreciación y Estudios Poéticos y otro de Reflexión y Creación Poética. Cuenta con una sala privada de lectura, abierta al público, con miles de títulos, y espacios destinados a talleres, conferencias, lecciones magistrales y recitales de poesía.

🐦 @Poeteca1 📷 @lapoeteca 📖 La Poeteca de Caracas <https://lapoeteca.com>